

Distribución abductiva de los valores culturales: el proyecto de Alejandría

Alger Sans Pinillos

*The old L.A. Public Library burned
down
that library downtown
and with it went
a large part of my
youth
(Bukowski, 1986)*

De saqueos, encuentros y tesoros hundidos¹

En este capítulo se analizan los modos en que ciertos espacios devienen distribuidores de valores culturales. Me refiero a aquellos lugares, con independencia de las actividades que se puedan

¹ La investigación para este capítulo fue apoyada por la Investigación PRIN 20173YP4N3-MIUR, Ministerio de Universidad e Investigación, Roma, Italia.

realizar, cuya importancia está en que devienen estructuras de irradiación de los valores socialmente considerados positivos y, precisamente por eso, ahuyentan a sus contrapuestos. Esto pone énfasis en cómo se realizan estas actividades cuando se dan en estos sitios, donde lo primordial son las sinergias que posibilitan la transformación del entorno a través de la modificación de los hábitos de las personas que acuden a ellos. En particular, se toma como punto de referencia la biblioteca pública, así como las organizaciones, centros e instituciones que han basado su estructura y regularización a partir de sus estándares. Un ejemplo es la red de las actividades que se desarrollan en una biblioteca, las cuales, muchas veces, posibilitan su adhesión a un centro cívico.

Tal como se mostrará, la biblioteca contemporánea es producto de la evolución y la concepción que tenemos de las prácticas de la lectura y la escritura. Actualmente, les otorgamos un valor que va más allá de la dimensión que representan, incidiendo incluso en la percepción general de las conductas consideradas buenas y correctas. Por lo tanto, la biblioteca ocupa hoy un lugar muy destacado en la sociedad, no solamente por la importancia que se le da a las actividades que se pueden llevar a cabo dentro de ella, sino también porque querer ir a realizarlas implica adoptar una actitud. Del mismo modo, por el simple hecho de estar cerca de ella, se asumen unas conductas que no se siguen necesariamente en otros sitios.

En este capítulo enfocaremos este fenómeno desde una perspectiva ecológica, entendiendo la biblioteca como un artefacto que posibilita la construcción de mediadores éticos, con los cuales generamos estrategias para interactuar moralmente con el entorno. Del mismo modo, su diseño, el edificio en sí mismo, ejerce de distribuidor moral, en el sentido de que incita a comportarnos correctamente, dentro de unos patrones generales aceptados por todos. Tal como se argumenta en las conclusiones, el mecanismo idóneo para representar este proceso complejo de relaciones imbricadas entre valores, hechos, deseos, emociones, etc., es el razonamiento abductivo, el cual permite completar la dimensión cognitiva de la percepción que se tiene de los lugares que son como la biblioteca.

Distinción entre espacios culturales y espacios de culturización

Es cierto que el punto de partida de este capítulo restringe bastante el significado de “espacio cultural” y, del mismo modo, delimita también el tipo

de valores involucrados. El motivo es que esta investigación pretende ocuparse solamente de aquellos espacios que coadyuvan a mejorar la vida de las personas mediante la transformación del entorno. Por otro lado, también se intentará ofrecer una posible explicación de los mecanismos por los que algunos espacios devienen *culturizadores*, ejerciendo de distribuidores de valores culturales para las personas que están cerca de ellos. Desde esta perspectiva, entiendo por *cultura* toda la dimensión cognitiva del agente, sus pensamientos y acciones, así como su forma de vida; también la identidad del entorno en cuestión, articulada con las actividades de las personas que viven en él (Lai, Said y Kubota, 2013: 604-605) y, en definitiva, de todo aquello que conforma el nicho cognitivo del que se desprende la cosmovisión de una comunidad (de todas las personas, con independencia de su procedencia, creencias, orientación y/o identidad sexual, situación económica y edad).

Por lo tanto, dejando de lado todo lo positivo que puedan tener otros casos y a expensas de los usos del lenguaje, en este capítulo tampoco se considerarán los espacios que tienen el objetivo exclusivo de hacer tolerable la diferencia a través de la homogeneización ideológica, como los considerados para algunos sagrados, los destinados a la catequización ni, en definitiva, todos aquellos que pretenden algún tipo de moralización. Obviamente, me estoy refiriendo a los lugares de culto religioso, pero también a los espacios que tienen por nombre el de alguna figura histórica o que contienen monumentos dedicados a personajes y gestas memorables, los cuales, es sabido, pueden generar controversia y malestar, a la vez que inspirar orgullo, reforzar la cohesión de grupos de personas con ideas similares, etc. No obstante, lo más habitual es que vengan a la mente ejemplos más típicos como los museos, salas de concierto y teatros.

Es posible que el lector sienta cierta incomodidad con mi rechazo hacia todos estos lugares, así como por la relación que he establecido entre ellos. Empero, el motivo para tal equiparación reside exclusivamente en que no son espacios de culturización porque: a) no son lugares que realmente estén destinados a todo el mundo y, aunque sean espacios culturales, b) no son distribuidores de aquellos valores que pueden transformar un entorno de manera positiva a través de influir en la conducta de las personas que acuden a ellos. Dicho de otro modo, parece que hay una interrupción en la relación natural entre la sociedad y la cultura, producida por la alienación implicada en el pro-

ceso de *elitización*,² la cual despoja a la cultura de las cuestiones de valor que subyacen en toda actividad social. Esto afecta de manera directa y opuesta a lo que se quiere abordar en este escrito.

No estar representado como síntoma de la invisibilización

Aunque no sea en todos los casos (Rectanus, 2006: 388-389), todavía persiste la idea del museo considerado como un lugar destinado al coleccionismo y a la preservación como actividades intrínsecas de su institución, en vez de estar orientadas para ofrecer un valor social (Sandell, 2002: xvii). Sea este el caso o no, esta idea del museo, así como la que lo concibe como un espacio para la contemplación ociosa, están suficientemente extendidas como para que sea necesario intentar refutarlas (Prior, 2006: 509-510). El caso no es que esta concepción esté desprovista de cierto grado de valor transformativo, sino hacia dónde se dirige tal planificación de cambio. Por ejemplo, los museos son focos de regeneración de las zonas en las que son construidos porque fomentan un tipo de turismo, hecho que motiva y empuja a los vecinos a innovar e invertir para satisfacer sus necesidades (Álvarez, 2010: 171).³

Aunque por un lado esta pueda ser una percepción exagerada de tales instituciones, tampoco se ha de olvidar que muchos de estos prejuicios que se tienen hacia ellas provienen precisamente de que, en caso de tenerlo, su poder transformador del entorno se concibe como *elitizador*. A riesgo de incurrir en un círculo vicioso, tenga o no fundamento, esta percepción es lo más importante de todo, es lo que posibilita que edificios como la biblioteca pública se conviertan en distribuidores efectivos de valores para toda persona que acuda a ella y, por lo tanto, que se maximice su poder transformador de la sociedad.

Este tema toca directamente con lo que se ha dicho más arriba sobre el problema de que estos lugares no sean para todo el mundo. En muchos casos, la falta de interés puede ocurrir por cuestiones que muestran los sesgos y prejuicios que imperan en las diferentes sociedades. Cuando esto sucede,

2 Con el concepto de *elitización* se intenta reflejar algo más que el proceso de *gentrificación* y poner énfasis en el protagonismo de un grupo específico, privilegiado, con capacidad de influencia social, de liderazgo y de influir en la toma de decisiones (Herrera, 2001).

3 Asimismo, esta motivación está impulsada e incentivada por los gobiernos a través de inversores, con vistas a convertir ese territorio (ciudad, pueblo, etc.) en un lugar exclusivo para visitar e invertir (Álvarez, 2010: 172).

su efecto va más allá de la posible carencia de conocimientos, pues también puede causar diferentes grados de sensación de desarraigo y, a la postre, generar un desapego por el lugar en el que se vive. Esto a veces ocasiona que, aunque pueda haber una respuesta sincera y positiva hacia los museos, a su vez haya un desinterés que no quede reflejado en todo aquello por lo que se los considera valiosos para la sociedad (Silvia, 2006: 96).⁴ Un claro ejemplo es el de la invisibilización causada por la discriminación, la cual, sea del tipo que sea, aparte de las diferentes injusticias que pueda generar, también influye directamente en la percepción de las personas que la padecen. El motivo es que, en la medida que actúa sobre el interés, este efecto es emocional y, por lo tanto, procede de una manera diferente (a veces denominada cualitativa, en contraste con la cuantitativa) (Silvia, 2006: 14), sobre lo que se resalta de los museos, de aquello que se expone y/o representa, así como la forma en que se hace.

Observador, participante y el punto de vista del espectador

Esta situación muestra un desnivel que se puede abordar desde la distinción entre el punto de vista del observador y el del participante (Feyerabend, 1978: 18).⁵ El primero estaría conformado por los expertos que hay detrás de toda exposición, pero también por quienes diseñan los museos y deciden en qué lugar serán construidos. Sus decisiones están influenciadas por todo el bagaje social y cultural, así como de la lectura de la historia que impere en ese momento, hasta el punto de definir también en cada una de sus áreas específicas del conocimiento y sus aplicaciones. Asimismo, estos elementos también son limitadores de sus modos de intervención.

No obstante, esta influencia queda matizada, temperada y justificada por el entrenamiento particular de sus áreas del saber, el cual enseña a hacer un tipo de preguntas, a hacer reconstrucciones a partir de unos objetos y patrones específicos y, del mismo modo, a innovar mediante un criterio de rigor determinado. Por lo tanto, desde este punto de vista, es mucho más sencillo

4 Para la diferencia entre el hecho de que haya interés por algo y el grado en que se da este.

5 Para entender la analogía entre la distinción de Feyerabend y la que se quiere reflejar en este capítulo, es necesario tener presente que aquí el observador es quien genera el espacio en el que se moverá el participante a través de los modos de organización de los diferentes espacios culturales. Por otro lado, el caso del participante está claramente extrapolado. Mientras que en el caso de Feyerabend refiere a la persona que hace ciencia (en contraste con quien la estudia), aquí son aquellas otras que visitan los museos.

entender las voliciones particulares que en otros casos. Por otro lado, el punto de vista del participante (para el caso que nos ocupa, también podríamos hablar del *espectador*)⁶ estaría formado por los visitantes. El punto interesante es que, en su forma de interactuar con el entorno, participa toda su riqueza intelectual, del mismo modo que lo hace en cualquier otro sitio que no sea el espacio al que está habituado. Dicho de otro modo, el interés y las valoraciones provienen de mezclas entre bagajes epistémicos de diferentes índoles, prejuicios, creencias, opiniones y esperanzas, entre otras muchas cosas.

Ambos casos son diferentes caras de la misma moneda, las cuales muestran los factores que intervienen en la configuración de los espacios a los que podemos acudir y, del mismo modo, también son indicadores del motivo por el cual no todo el mundo lo hace. La elitización puede ser un buen punto de partida para entender qué es causa y qué efecto en la forma en que actúan los sesgos cognitivos manifestados a través de los diferentes modos de visibilizar los prejuicios sociales que nos cohesionan culturalmente, con el riesgo de invisibilizar a algunos colectivos. El *quid* para entender lo que estoy diciendo reside en ver que no se está haciendo referencia a las acciones intencionales, sino a todo aquello que influye en la configuración de cualquier hecho, dentro de un contexto particular.

Libros, formas de leer y bibliotecas

En este capítulo, la biblioteca se entiende como un proyecto social y cultural, el cual (es una) muestra (d)el estado particular de una sociedad. Un ejemplo es el plan dedicado a las musas que tuvo lugar en Alejandría y que tenía como objetivo la preservación del conocimiento humano a través del estudio, traducción –al griego– y catalogación de todo documento que entrara a la ciudad (Dupont, 2009: 145). El objetivo no era producir copias para su distribución posterior entre los ciudadanos, sino para atesorar su contenido y, en todo caso, difundirlo oralmente. Hay que tener presente que, aunque el pueblo griego y romano (Dupont, 2009: 144) no tuvieran extendida la práctica de leer libros individualmente, esto no significa, por un lado, que no fueran letrados ni, por

6 La equiparación entre el participante y el espectador se basa en la aproximación a un objeto de interés ya acabado, sin –que sea necesario– contemplar el proceso creativo, de estudio, innovación, etc., en el que se genera.

otro lado, que la inmensa mayoría de los ciudadanos fueran incultos y que no supieran leer (Thomas, 1999: 2). Por el contrario, como sabemos, el ciudadano participaba activamente en las cuestiones políticas, una de las cuales era estar informado y al día de las acciones que se desarrollaban en la ciudad; estas también se transmitían burocráticamente por escrito (Thomas, 1999: 3).

Aparte, como acabo de decir, la que no estaba extendida era la práctica de la escritura y la lectura, tal y como la conocemos hoy en día. Gracias a los hallazgos arqueológicos, tenemos evidencias de que, por aquel entonces, se escribía sobre infinidad de superficies: cerámica, estelas, muebles, monedas, etc. Asimismo, sabemos que la lectura se concebía como una práctica colectiva, en la que se leía en voz alta. La clave de esta *oralidad* está en que la escritura es un soporte por el cual, a través de la imitación, se representa su contenido y, así, cobran significado las palabras (Dupont, 2009: 148). Por el contrario, sabemos que la escritura y la lectura no se consideraban el recurso óptimo para adquirir conocimientos (Platón, *Cart. VII*, 342a-343d).

Con todo lo dicho, la conclusión más acertada es considerar que, entonces, todavía no se había definido la escritura y la lectura como actividades independientes (Dupont, 2009: 144). Por el contrario, tanto la superficie sobre la que se escribía como su contenido se mantenían en segundo término ante la performatividad pública de la lectura del texto (Dupont, 2009: 147). Otra consideración marginal es el elevado coste de los materiales y el tiempo que se necesitaba para elaborar las copias arriba mencionadas; circunstancia que no cambió hasta que, a su vez, también lo hizo la concepción misma de la lectura. Dicho de otro modo, el cambio de la tecnología está íntimamente ligado a las variaciones en su uso y, como veremos, esto es determinante en la manera en que hoy en día concebimos y vivimos las bibliotecas.

Sic eum legentem vidimus tacite

Retomando el hilo del final de la sección anterior, la popularización de la lectura en silencio está vinculada con las variaciones en los usos de los textos; hecho que, a su vez, está íntimamente relacionado con las diferentes modificaciones que tuvo. Hay que tener presente que no hay indicios de la lectura en silencio hasta el s. V, y que esta fue insólita durante siglos. Un ejemplo de las impresiones de estos casos prematuros lo encontramos en las *Confesiones* de san Agustín, quien con asombro comenta que:

Cuando leía [san Ambrosio de Milán], llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra. [...] Siempre le vi leer silenciosamente, y como decimos, para sí, nunca de otro modo. En tales casos, después de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se había de atrever a interrumpir con molestia a un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí, conjeturando que él no quería que le ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios y dependencias ajenas. También juzgaba yo que el leer de aquel modo sería acaso para no verse en la precisión de detenerse a explicar a los que estaban presentes, y le oírían atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese más oscuros y dificultosos en lo que iba leyendo, o por no distraerse en disputar de otras cuestiones más intrincadas, y gastando el tiempo en esto repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecía, podía también ser causa muy suficiente para que leyese callando y sólo para sí; en fin, cualquiera que fuese la intención con que aquel gran varón lo ejecutara, sería verdaderamente intención buena (VI, §3).

Hay una relación entre el abandono de la *scriptio continua* (escritura, principalmente en mayúsculas y sin métrica, en la que no se hacía uso de los espacios entre palabras ni de los signos de puntuación) y la evolución del alfabeto griego (Powell, 2012: 227-244). También hay que tener presente la transición del libro en formato de rollo al códice, esto es, el que introdujo y generalizó el cristianismo, en el que las hojas (de papiro o piel) se superponían unas a otras, dobladas por el medio y fijadas por las costuras que definían las páginas. Del mismo modo que los libros de nuestros días, la forma compacta de estas páginas permitía su protección con tapas y, por lo tanto, hacerlo todavía más duradero, transportable, lo cual hacía mucho más fácil de guardar y conservar (Turner, 1977: 1). Finalmente, otro factor relevante para la absorción de dichos cambios está en la transición hacia el uso del papel para escribir, hecho que abarató los costes de producción y, por lo tanto, facilitó que se extendiera el uso de espacios en blanco en el texto. Como es sabido, este proceso finalizó con la imprenta moderna.

La vivencia de leer y estudiar en silencio

Todo el proceso de transformación de la escritura y la lectura que se ha explicado históricamente tiene, desde la percepción del participante, su correlato cognitivo. La evolución que se puede percibir social y culturalmente tiene de fondo un eco en las diversas formas en que los agentes experimentan el entorno mientras interactúan con él. Siguiendo el caso de los libros, a nivel muy general, está el acceso a las traducciones de los clásicos que habían hecho los árabes, el cual fue propiciado por los avances en la sistematización de la lengua que, a su vez, vino de la mano del abandono de la *scriptio continua*. Es importante tener presente que el acceso a obras que se desconocían hasta el momento ofreció nuevas herramientas para la investigación de la naturaleza.

Casos como este muestran cómo nuestra experiencia queda determinada y posibilitada por la interacción que hacemos a través de la manipulación de ciertos objetos. Del mismo modo, los cambios producidos en la práctica de la lectura implicaron modificaciones en los agentes, las cuales se visibilizaron por una transformación social y cultural concreta. Por ejemplo, siguiendo con el caso de la *scriptio continua*, su abandono por una escritura con espacios y puntuación fue uno de los factores que propició la lectura en silencio, la cual se desarrolló a partir de la evolución de procesos y estrategias cognitivas en, entre otros recursos, decodificar textos y aprender a extraer información de una página sin necesidad de externalizar su contenido. Esto suscita un tipo de relación muy especial con el objeto, el libro, el cual se convierte en un artefacto con el que se puede interactuar independientemente para extraer conocimiento del mundo (Saenger, 1997: 2-6).

Esta relación, conducida de determinada manera a través de la educación, otorga a la concepción del libro y de la lectura una serie de valores culturales que impregna la sociedad. Como veremos, estos valores son, a la postre, una mezcolanza de las concepciones compartidas sobre los beneficios de leer en un sentido de culturizarse, junto con la conducta asociada a quienes realizan esta práctica, así como la influencia del imaginario colectivo en lo referente a la introspección, meditación y estudio, entre otros. Es interesante ver que, aunque la escolarización fue un factor determinante para la alfabetización, la práctica libre y desinteresada de la lectura y el estudio en silencio empezó a cristalizarse en las bibliotecas durante los siglos XVIII y XIX, hasta la concepción que vivimos hoy en día.

La biblioteca (pública), actualmente

Tal como recoge el artículo 2^{do} de la Ley 4/1993 del 18 de marzo del sistema bibliotecario de Cataluña:

Se entiende por biblioteca, a los efectos de esta Ley, cualquier conjunto organizado de libros, publicaciones periódicas, grabados, mapas, grabaciones sonoras, documentación gráfica y otros materiales bibliográficos, manuscritos, impresos o reproducidos en cualquier soporte, que tenga como finalidad reunir y conservar estos documentos y facilitar su uso a través de los medios técnicos y personales adecuados para la información, la investigación, la educación o el ocio.

Es cierto, que existe una tensión al utilizar de manera general casos particulares de índole social y cultural. No obstante, no es tan importante la definición concreta y su aplicación en un territorio determinado, como su voluntad de preservar unos valores, los cuales sí se manifiestan en toda biblioteca pública, aunque sus modos de hacerlo puedan diferir. En este caso específico, la definición de biblioteca es acorde con el proyecto de generar un *Sistema Bibliotecario* público, esto es, de acceso a todos los ciudadanos del territorio (Cataluña) (artículo 1^o de la misma ley).

Todas estas regulaciones ponen hincapié en garantizar y preservar unas condiciones de posibilidad, pero no hay en ningún caso un esfuerzo para reglamentar los usos. La razón de esto estriba en que tenemos muy claros estos usos y costumbres, los cuales no pueden definirse legalmente, pues exceden con creces a las bases que le interesa regular a una ley. Tales regulaciones describen lo que es una biblioteca, pero no lo que ha de ser ni, mucho menos, lo que puede ser. Mientras que la forma prescriptiva es a veces anterior a la descriptiva, la de posibilidad queda determinada por los cambios sociales manifestados en los diferentes usos que se hagan de ella.

Hay cierto romanticismo alrededor de las bibliotecas. Ya sea por vivencias particulares, por la de terceras personas o a través de narraciones, hablamos de ellas con nostalgia y afecto. Aunque en ciertos momentos haya podido servir como repositorio de material audiovisual, las evocaciones a las que me refiero están más bien dirigidas a su papel constructor de comunidad (Scott, 2011: 193). No es de extrañar que, junto con las escuelas, la proximidad a una biblioteca sea

un factor relevante para escoger un domicilio en el que vivir (Scott, 2011: 193); sobre todo si quienes deliberan tienen, esperan o quieren hijos.

Desde su papel generador y transformador de la comunidad, la biblioteca es única en su especie por los motivos clave que ya se han introducido a lo largo del texto: a) por el libre y gratuito acceso a los datos e información, así como por ser un espacio que acoge y no estigmatiza a nadie (Scott, 2011: 194). Lo más importante aquí es el motivo por el que esto es así, pues, al igual que sucede en todos los espacios, en ningún sitio se anuncia que la biblioteca está libre de prejuicios, sino que se asume y, precisamente por eso, se da. Dicho de otro modo, es una institución que modifica nuestras acciones, simplemente por la concepción que tenemos de las prácticas que asociamos con ella. Por ese motivo, las acciones que se llevan a cabo dentro y por sus alrededores están motivadas en fomentar el conocimiento y, con este espíritu, también en comportarnos mejor según los valores culturales socialmente compartidos de aquella comunidad.

Que muchas de las prácticas que se realizan dentro de una biblioteca se desarrollen en silencio (como el estudio y la lectura), no significa que se hagan individualmente. De hecho, es muy habitual acudir a realizarlas en grupo y amenizar las horas de concentración con miradas de complicidad, gestos de ánimo y, por supuesto, con las pausas para hablar, tomar café, fumar, etc., que tienen lugar fuera del edificio. Asimismo, también se congregan grupos de personas para preparar trabajos o exposiciones en las salas correspondientes, así como aquellas otras que necesitan de los servicios que ofrece la biblioteca (máquinas de fotocopias, escáneres y, por supuesto, internet). En la misma línea, pero no de igual modo, hay que tener en consideración el personal bibliotecario, quien hace funcionar la maquinaria local del edificio, ya sea vigilando la conducta de las personas que están dentro o ayudando para que todas las prácticas que se pueden realizar se desempeñen sin complicaciones. En este sentido, el personal ha de saber utilizar la tecnología que facilita y conocer el material que se preserva, pero, sobre todo, ha de saber transmitir qué es una biblioteca (Scott, 2011: 192).

Asimismo, la importancia de que el personal conozca la tecnología que se ofrece es pieza clave para disminuir la brecha tecnológica. Hay que tener presente que garantizar su acceso implica muchas veces ofrecer la ayuda necesaria para aprender a utilizarla (Dewey, 2008: 85). Para tal fin, la biblioteca contemporánea ha tenido que redefinirse para capturar esta necesidad y generar

espacios en los que la inmersión digital sea igual de sencilla (Dewey, 2008: 86) como lo es la del estudio, la lectura y la de trabajo en grupo. Como se verá a continuación, esta preocupación en los aspectos tecnológicos es sólo una muestra del poder transformador de la biblioteca, el cual, aunque esté posibilitado y garantizado institucionalmente, es fomentado por la voluntad de la comunidad y materializado por su personal; quienes, no hay que olvidar, durante su jornada laboral son, también, parte componente del barrio.

Hacer barrio

Se puede entender por “hacer barrio” la generación de comunidad a través de fomentar la relación entre las personas que viven y trabajan en la misma zona para, así, crear vínculos que se dirijan a mejorar la convivencia (Colau, 2018). Estas mejoras vienen de la mano de entender el espacio público como lugar de pertenencia, considerando, de este modo, todos los espacios y personas como constitutivas de nuestra vida. Este sentimiento es extremadamente importante para una comunidad, pues define y aúna su carácter general y, con él, las diferentes manifestaciones públicas.

Por este motivo, aunque en lo que se refiere a sus prestaciones, la biblioteca de un barrio pueda conservar todas las similitudes con otras, tiene también su carácter personal en relación con la comunidad a la que pertenece. Esto se hace todavía más patente a través de las distintas actividades que se organizan dentro de sus espacios y con los diferentes servicios que va adquiriendo. Un caso interesante es el tamaño que tienen las zonas destinadas a la lectura de la prensa, normalmente usada por los jubilados, y aquellas otras que sirven de espacios infantiles.

Hay ocasiones en que la biblioteca deviene un foco tal de actividad, que se convierte en un espacio cultural a través de su anejió con un centro cívico. Un ejemplo de esto es la coexistencia de la Biblioteca Collserola-Josep Miracle con el Centro Cívico Vallvidrera-Vázquez Montalbán, hecho que ha convertido todo el edificio en un lugar de ebullición cultural y coexistencia de barrio, acogiendo representaciones teatrales y abriendo sus puertas en sus festividades. Asimismo, se organizan clubes de lectura, exposiciones, etc., todo ello abierto al público.

Casos como el que se acaba de exponer muestran que la concepción que se tiene de la biblioteca influye más allá de sus muros. Tal como se ha visto, el

edificio ejerce de foco para un tipo de conductas, las cuales están motivadas por los mismos valores culturales que inspiran las prácticas que se pueden desarrollar dentro de él. Esta influencia se da porque la biblioteca actúa de distribuidor de estos valores, los cuales, al ser concebidos como buenos, queremos que guíen y definan nuestras acciones.

Diseño y estructura de la biblioteca

Como se ha dicho, la concepción que tenemos de la biblioteca está íntimamente relacionada con la que tenemos de las prácticas que se realizan en ella. Asimismo, el vínculo que se da entre los valores que motivan a estas últimas con las acciones que se realizan extramuros está mediatizado por el mismo edificio. Esto quiere decir que la estructura de la biblioteca es en sí misma un irradiador de estos valores. El edificio en cuestión pudo haber sido concebido como biblioteca en sus orígenes, ocupar un espacio histórico en desuso o ser construido de cero. Aquí, el diseño es un elemento clave para nuestro análisis, pues sintetiza la tradición con la adaptación a los nuevos retos.

Un punto importante es que *una biblioteca ha de parecer una biblioteca*. En este sentido, el edificio es, en sí mismo, una *herramienta pedagógica* (Addis, et al., 2011: 541), la cual, en la medida que transforma las actitudes de quienes acuden a ella, deviene espacio de culturización. Por un lado, coexiste la idea nostálgica compartida de la institución, la cual, a la vez que es complementada por la concepción cultural del momento, transmite el valor de su conservación. Aquí se partirá de la acepción de cultura que se refiere a las formas de vida mostradas a través de las acciones de las personas, las cuales definen, en última instancia, el valor que dan a aquello con lo que interactúan (Lai, Said y Kubota, 2013: 604). Por lo tanto, la interacción con la biblioteca deviene pieza indispensable para que sea un espacio cultural, la cual queda predispuesta por las asunciones que tenemos de ella.

En este sentido, se podría decir que *la biblioteca es un proyecto cerrado, pero inconcluso*. Aunque su diseño dependa de las exigencias institucionales, el arquitecto deberá hacer un esfuerzo hermenéutico para hacer congeniar a estas con el producto final (Dalsgaard, 2014: 145). Este es un “*conflitto irrisolubile*” entre factores sociales y prácticos (Burckhardt, 2017: 46), en el que las condiciones materiales y burocráticas se mezclan con las reivindicaciones de los ciudadanos, así como con la necesidad de adaptarse a los problemas

actuales. Estos últimos son importantes, pues lo que debe ser solucionado es, *de facto*, una dificultad. Poder dar cuenta de ella implica que el proceso de diseñar un edificio coevoluciona con los problemas que se van afrontando y, finalmente, con el aspecto revolucionario que ofrece la posibilidad de transformar un obstáculo en una oportunidad.

Aquí, la complejidad reside en que los posibles conflictos son fruto de una interacción y, por lo tanto, imaginar una solución quiere decir transformar el conflicto en una nueva línea de acción. Es importante notar que son las acciones de los ciudadanos las que pueden convertirse en conflictos y que son sus estrategias para sobrellevar la situación las que dibujan posibles caminos a sondear para buscar respuestas.

La biblioteca contextualizada

La resolución de problemas es un proceso de interacción más de entre todos aquellos que conforman la cosmovisión que compartimos y vivimos con el resto de los seres humanos. Por *cosmovisión* puede entenderse la imagen social y culturalmente unificada de las interpretaciones del mundo que generan y comparten los seres humanos mediante diferentes sistemas y modelos (Magnani, Sans Pinillos y Arfini, 2021: §1.1; Lopez-Orellana y Sans Pinillos, 2021: 99). La aplicación de estas estrategias cognitivas en este entorno compartido genera el marco conceptual que entendemos como nicho cognitivo: el medio ambiente resultante de los cambios activamente buscados por los seres humanos en sus intentos de encontrar oportunidades (Magnani y Bardone, 2010).

Esta concepción de los sistemas cognitivos situados ecológicamente ofrece una perspectiva idónea para entender la manera en que los dispositivos y artefactos son conceptualizados mediante su manipulación y cómo estas interacciones conforman nuestro contexto, el cual es modificado continuamente en la medida que vivimos en él. Desde esta perspectiva, la biblioteca puede entenderse como una *affordance*, esto es, como los valores y significados de las cosas que percibimos, las cuales nos ofrecen oportunidades para la acción en términos de hechos ecológicos (Magnani y Bardone, 2010: 241). El concepto de valor permite ir un paso más allá de la teoría clásica sobre *affordances* (Gibson, 1966: 285) y plantear que las formas de interactuar con un artefacto pueden modificar el comportamiento social.

Un artefacto mediador y distribuidor de valores

La biblioteca, como cualquier otro artefacto, permite construir mediadores con los que interactuar y modificar el entorno. Estos mediadores son, por un lado, los modelos y sistemas cognitivos, de los cuales se generan las diferentes estrategias que conforman el nicho cognitivo introducido en el apartado anterior. Desde un punto de vista epistemológico, estos mediadores ofrecen estrategias para investigar, conceptualizar y, en definitiva, para conocer el entorno. El hecho de que este sea compartido implica que la aplicación de estas estrategias entra en juego con la de los demás, cristalizando en los patrones tácitos del conocimiento humano que conforman la cosmovisión.

Del mismo modo, existen también patrones tácitos en la acción moral, implícitos en el comportamiento (Magnani y Bardone, 2007). Estos surgen también de la interacción con algunos artefactos, generando un tipo de estrategias que complementan el nicho cognitivo. No obstante, las estrategias ofrecidas por los mediadores morales van dirigidas al comportamiento y los valores socialmente compartidos que también forman parte de la cosmovisión. Me refiero a estos últimos como los valores culturales que estructuran las conductas de los agentes y regulan nuestras acciones. La diferencia crucial con los mediadores epistémicos estriba en que las cuestiones de valor cultural a las que hacemos mención aquí no se descubren, sino que se muestran a través de las acciones. Dicho de otro modo, se dan a través de una interacción distinta de la que se da en las relaciones de tipo epistémico.

Cuando se da este tipo de interacción, el artefacto en cuestión ejerce de distribuidor de dichos valores a través de las oportunidades de interacción que ofrece al agente. Esto se debe a la concepción que se tiene de él, así como a las prácticas que se le asocian. Si centramos lo dicho al caso que nos ocupa, vemos que la concepción que tenemos de la biblioteca, del estudio, la lectura, etc., no proviene de la interacción directa con ella, sino que es algo social y culturalmente asumido y heredado a lo largo de la historia. Por eso, su relevancia viene ligada a nuestra forma de vida. Precisamente por eso, la faceta de la biblioteca como distribuidora de valores culturales no debe confundirse con una cuestión normativa, sino en términos de un entorno que incita a comportarnos correctamente, dentro de unos patrones suficientemente generales como para que se acojan distintas conductas asumidas por todos como correctas, buenas, etc. Es en este sentido que afirmo que la biblioteca deviene un espacio de cul-

turalización, porque influye positivamente en los modos de interacción de las personas que acuden a ella.

Conclusiones: la distribución de los valores culturales a través de la abducción

Se puede entender la biblioteca como un *artefacto moral inerte*, en el sentido de que contiene la posibilidad de distribuir la capacidad moral humana, *desencadenando* la predisposición de actuar conforme a unos valores, lo cual se traducirá en la forma de interactuar con el entorno y los demás agentes. El hecho de que se extraiga una vía de conducta a través del valor cultural otorgado a unas prácticas normalmente asociadas a cuestiones epistémicas es impresionante.

Esta circunstancia se puede explicar a través de la abducción. Tradicionalmente, se asocia este razonamiento como el mecanismo por el cual se puede dar cuenta de situaciones desconcertantes desde un punto de vista epistémico clásico a través de una virtud epistémica distinta (Gabbay y Woods, 2005), normalmente asociado a la generación de hipótesis o conjeturas que indiquen nuevas líneas de acción (investigación). Esta caracterización es relevante aquí porque permite dar cuenta de la imbricación entre cuestiones de hecho y de valor (Putnam, 2001). Como sabemos, el valor se puede entender como *la propiedad que hace que un objeto o hecho sea mejor que otro desde un criterio no cuantitativo* (Sans y Casacuberta, 2019: 321).

En este sentido, hay un valor inherente a las prácticas de la lectura y la escritura, muchas veces en relación con la cuestión epistémica relativa a la adquisición de conocimiento mediante el estudio, el cual se transfiere a toda la concepción que tenemos de la biblioteca. Este hecho *significa* el edificio de forma tal que, simplemente estando cerca de él, desencadena la predisposición hacia un tipo general de conducta asumida socialmente como correcta y buena. A partir del razonamiento abductivo, este fenómeno queda comprendido desde la dimensión multimodal de la cognición humana, esto es, por un lado, que nuestros procesos cognoscitivos quedan mediatizados por la forma como interactuamos con el entorno, pero también por el hecho de que en este proceso actúan todos los recursos disponibles para entender lo que nos rodea, así como el hecho de intentar dar sentido a todo lo que sentimos mientras experimentamos.

Así pues, la concepción que tenemos de la biblioteca conlleva la predisposición del agente a ser afectado por ella, así como el hecho de necesitar estar cerca para que su influencia desencadene una modificación en nuestra forma de interactuar con el entorno. Esto significa, por un lado, que el diseño es importante, que es necesario que la biblioteca se reconozca como tal y, por otro lado, que su poder transformador radica en su capacidad de modificar los hábitos de los agentes para que acudan y usen las instalaciones de una forma adecuada. Una modificación en el hábito de este tipo afecta a todas las dimensiones de la vida de una persona, siendo simplemente estimulada en determinadas circunstancias.

Desde esta perspectiva, vemos que los objetos en el mundo nos afectan de distintas formas y que, en nuestras tentativas de comprender las cosas, se mezclan las experiencias vividas con lo que nos han enseñado y lo que hemos aprendido solos; todos ellos, factores muchas veces insuficientes ante las variaciones que se dan en las vivencias. En toda esta amalgama de elementos también conviven los valores, los cuales no solamente tejen una red prescriptiva, sino que también ofrecen alternativas epistémicas viables ante situaciones en las que es más necesario plantear cómo se quiere que sean las cosas que cómo prevemos que serán. Dejando de lado el papel fundamental de la abducción a la hora de conjeturar o hipotetizar posibles líneas de acción, también encontramos en ella la posibilidad de articular esta circunstancia multimodal entre los diferentes aspectos de la percepción, la experimentación y, en definitiva, de la vida del ser humano.

Referencias

- Adds, P., Hall, M., Higgins, R. y Higgins, T. R. (2011). "Ask the posts of our house: using cultural spaces to encourage quality learning in higher education". *Teaching in Higher Education*, 16(5): 541-551.
- Agustín, Santo, Obispo de Hipona. (2002). *Confesiones*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. URL = <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc639p3>>.
- Álvarez, M. D. (2010). "Creative cities and cultural spaces: new perspectives for city tourism". *International Journal of Culture, Tourism and Hospitality Research*, 4(3): 171-175.

- Bukowski, C. (1986). "The burning of the dream (manuscript)". *Bukowski.net*. Recuperado de: <https://bukowski.net/manuscripts/displaymanuscript.php?show=poem1986-00-00-the_burning_of_the_dream.jpg&w=2998>.
- Burckhardt, L. (1989). "L'architettura: arte o scienza?" En P. Feyerabend y C. Thomas (eds.), *Arte e Scienza* (pp. 45-60), trad. Francesco Mugheddu. Roma: Armando Editore.
- Colau, A. (11 de enero de 2018). *Hacer comunidad, hacer barrio* [Publicación de blog]. URL = <<https://ajuntament.barcelona.cat/alcaldesa/es/blog/hacer-comunidad-hacer-barrio>>.
- Dalsgaard, P. (2014). "Pragmatism and design thinking". *International Journal of Design*, 8: 143-155.
- Dewey, B. I. (2008). "Social, intellectual, and cultural spaces: Creating compelling library environments for the Digital Age". *Journal of Library Administration*, 48(1): 85-94.
- Dupont, F. (2009). "The corrupted boy and the crowned poet". En W. A. Johnson, y H. N. Parker (eds), *Ancient Literacies. The Culture of Reading in Greece and Rome* (pp. 143-163). Oxford: Oxford University Press.
- Feyerabend, P. (1978). *Science in a Free Society*. Thetford: Lowe & Brydone Ltd.
- Gabbay, M. y Wood, J. (2005). *A Practical Logic of Cognitive Systems: The Reach of Abduction, Insight and Trial* (vol. 2). Amsterdam: Elsevier.
- Gibson, J. J. (1966). *The Senses Considered as Perceptual Systems*. London: Allen and Unwin.
- Herrera, L. M. (2001). "Elitización: propuesta en español para el término gentrificación". *Revista Bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, 7(332). URL = <<http://www.ub.edu/geocrit/b3w-332.htm>>.
- Lai, L. Y, Said, I. y Kubota, A. (2013). "The roles of cultural spaces in Malaysia's historic towns: The case of Kuala Dungun and Taiping". *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 85: 602-625.
- Ley 4/1993 de 18 de marzo, del sistema bibliotecario de Cataluña. Boletín Oficial del Estado, 95, de 21/04/1993. URL = <<https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1993-10384>>.
- Lopez-Orellana, R. y Sans Pinillos, A. (2021). "Ronald Giere, ¿semanticista? Una pregunta provocativa para el debate contemporáneo sobre la representación científica". *ArtefaCToS. Revista de estudios sobre la ciencia y la tecnología*, 10(1): 89-106.

- Magnani, L., Sans Pinillos, A. y Arfini, S. (2021). “Language: The «ultimate artifact» to build, develop, and update worldviews”. *Topoi*. DOI: 10.1007/s11245-021-09742-5
- Magnani, L. y Bardone, E. (2010). “Chances, affordances, and cognitive niche construction: The plasticity of environmental situatedness”. *International Journal of Advanced Intelligence Paradigms (IJAIP)*, 2(3). DOI: 10.1504/IJAIP.2010.030537
- Magnani, L. y Bardone, E. (2008). “Distributed morality. Externalizing ethical knowledge in technological artifacts”. *Foundations of Science*, 13(1): 99-108.
- Platón. (2002). *Dudosos. Apócrifos. Cartas*. Trad. Juan Zaragoza y Pilar Gómez Cardó. Madrid: Gredos.
- Putnam, H. (2001). *The Collapse of the Fact/Value Dichotomy*. Cambridge: Harvard University Press.
- Powell, B. B. (2009). *Writing: Theory and History of the Technology of Civilization*. Chichester: Wiley-Blackwell.
- Prior, N. (2006). “Postmodern restructurings”. En S. Macdonald (ed.), *A Companion to Museum Studies* (pp. 509-524). Hoboken: John Wiley & Sons, Ltd.
- Rectanus, M. W. (2006). “Globalization: Incorporating the museum”. En S. Macdonald (ed.), *A Companion to Museum Studies* (pp. 381-397). Hoboken: John Wiley & Sons, Ltd.
- Saenger, P. (1997). *Space Between Words. The Origin of Silent Reading*. Stanford: Stanford University Press.
- Sandell, R. (ed.). (2002). *Museums, Society, Inequality*. London: Routledge.
- Sans, A. (2020). “Apuntes sobre los aspectos de valor prescriptivo del razonamiento abductivo”. En D. P. Fernandes y R. Lopez-Orellana (eds.), *El jardín de senderos que se bifurcan y confluyen: Filosofía, lógica y matemáticas* (pp. 143-157). Valparaíso: Instituto de Filosofía-Universidad de Valparaíso.
- Sans A. y Casacuberta D. (2019). “Remarks on the possibility of ethical reasoning in an Artificial Intelligence system by means of abductive models”. En A. Nepomuceno-Fernández, L. Magnani, F. Salguero-Lamillar, C. Barés-Gómez y M. Fontaine M. (eds.), *Model-Based Reasoning in Science and Technology. Inferential Models for Logic, Language, Cognition and Computation* (pp. 318-333). Cham: Springer.

- Scott, R. (2011). "The role of public libraries in community building". *Public Library Quarterly*, 30(3): 191-227.
- Silvia, P. J. (2006). *Exploring the Psychology of Interest*. Oxford: Oxford University Press.
- Thomas, R. (1999). *Literacy and Orality in Ancient Greece*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Turner, E. G. (1977). *The Typology of the Early Codex*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.